

MOVIMIENTO SCOUT CATÓLICO

ENCUENTRO DE CONSILIARIOS Y ANIMADORES DE LA FE

Casa Diocesana “Betania”

San Juan de Aznalfarache (Sevilla)

6 a 8 de Febrero de 2009.

***CÓMO SUSCITAR LA EXPERIENCIA DE DIOS
Y SU INTERIORIZACIÓN
A TRAVÉS DEL MÉTODO SCOUT.***

Preámbulo.....	2
Promesa scout en “La Legoriza”.....	4
La conquista de la bandera.....	7
Las chirucas nuevas.....	14
Los niños de “Los Molinos”.....	16
“Y les lavamos los pies...”.....	19
Pistas para el camino.....	21

Antonio Matilla Matilla, Consiliario General de MSC.

PREÁMBULO:

Cada uno/a de nosotros tiene su historia personal de fe. Todos y cada uno tenemos guardada en nuestro “almario”, como decía don Miguel de Unamuno, una experiencia o conjunto de experiencias más significativas que han marcado nuestra vida personal y nuestra vida de fe. A poco que hagamos una lectura creyente de la realidad, nos daremos cuenta de que hay algo que nos une a todos los presentes: de una u otra manera, Dios nos ha llamado, a través del Escultismo, para que conozcamos su voluntad e intentemos cumplirla, para que vivamos nuestra vocación bautismal, nuestro compromiso cristiano. Me propongo en estas líneas, por una parte abrir la imaginación y ayudar a traer a la memoria esas experiencias de las que Dios se ha valido para traernos hasta aquí. Por otra, espero que nos sirvan para ver las muchas posibilidades que tiene el método scout para suscitar en los muchachos la experiencia religiosa, para ponerles ante el umbral de un encuentro personal con Dios y con la persona de Jesús. Digo ante el umbral, porque como dijo el añorado Papa Juan Pablo II, recordando toda la tradición evangelizadora de la Iglesia en todos los tiempos, “la fe cristiana no se impone, sino que se propone”. Y eso nos permite el método scout: proponer al chaval la posibilidad de hacer experiencia de Dios, tener un encuentro personal con Jesucristo e introducirse de modo natural en la vida de la comunidad cristiana, de la Iglesia. Y esto lo hacemos los monitores y educadores mediante el juego institucional del Escultismo, por medio de programas y actividades progresivos y atractivos, de un modo personal para que los chavales puedan experimentar y tomar nota de su progreso; también en el seno de la pequeña comunidad de la patrulla y en las más grandes de la Unidad y del Grupo; de un modo activo, encarnado en su vida, de modo que se sienta y sea protagonista de su propia educación; de un modo libre y consciente,

pues no se trata aquí de inculcar o de “comer el coco” sino de ayudar al chaval a hacer su propio camino espiritual, a “remar su propia canoa”.

Debo reconocer mis limitaciones a la hora de emprender esta tarea, pues no soy psicólogo infantil, ni pedagogo profesional, ni un especialista de la Biblia o de la Teología. Pero, por otra parte, debo aprovechar los dones que Dios me dio: uno de ellos es la experiencia, los muchos años metido en esto del Escultismo; otro es mi deformación profesional, que viene de la Filosofía que estudié y que me orienta casi siempre a analizar y sacar punta a cualquier pequeña cosa que pasa o que me pasa. Pero los filósofos tenemos el defecto de ser abstractos, abstrusos, complicados y complejos; he procurado curarme de este defecto a base de hablar con scouts de todas las edades y con la gente de las parroquias que he tenido, que suele ser gente sencilla, amén de los alumnos de Secundaria y Bachillerato que me han soportado durante los últimos 32 años.

Por otra parte, esto del Escultismo es, en el fondo, una experiencia significativa para el chaval, o si se prefiere, un conjunto de experiencias, así que en eso me voy a basar. Y para que no me acusen de que hablo en teoría, voy a intentar poner ante vosotros algunas de las experiencias que he vivido en el Escultismo o que se han vivido junto a mí y de las que puedo dar testimonio personal. Utilizaré un género literario muy viejo, que es el del diario, como si estuviera anotando para mí mismo, para mi propia cocina espiritual, lo que me pasa o me pasó, lo que viví, lo que vivo, lo que sentí y lo que siento. Empecemos, pues:

Promesa scout en “La Legoriza”: son las diez y poco de la noche recién estrenada del día 24 de julio. Los mil doscientos metros de altitud a que está situado el campamento dan lugar a una suave y fresca, casi fría, brisa

de montaña. Si hubiera nubes acunando el calor del día contra la tierra, sería una noche bochornosa; pero no, las estrellas brillan en lo alto, una a una, titilando contra la negrura del firmamento y empieza a notarse el frío de la altura.

Poco antes, cuando aún la luz del sol poniente se aferraba a las nubes sobre el horizonte y las arrebolaba, Francisco, nuestro monitor, nos había leído en voz alta pequeños trozos de los Evangelios y del Nuevo Testamento y nos había dado una hoja con la oración scout, algunos textos de B. P. y unas preguntas: qué significa para ti la Promesa scout; qué compromiso crees que te pide Dios en este momento; crees que estás dispuesto a hacer la Promesa y a cumplir tu compromiso. En silencio, habíamos leído los textos propuestos y habíamos recordado otros que a cada uno nos gustaban más por una razón o por otra. Cada uno nos dejábamos llevar por la cálida y sugerente voz de Francisco, un poco rasposa por sus eternos problemas de garganta. Escuchábamos atentamente, pero no nos imponía nada, sólo sugería. Y además estaba el fuego en medio del círculo, alimentado de vez en cuando con ramitas nuevas por los más inquietos, a los que les costaba más trabajo gustar el silencio y la quietud mágica del momento; la hoguera mantenía nuestra imaginación suspendida en las formas siempre cambiantes de las llamas y con su oloroso humo llenaba de misterio el ambiente; como en una especie de éxtasis provisional, cada uno fue proyectando sobre aquellas volubles formas las vivencias experimentadas en el grupo, nuestros deseos más profundos, los que no nos atrevíamos fácilmente a expresar en público; o simplemente estábamos en comunión unos con otros y con las sombras de los árboles que nos rodeaban, progresivamente más indiscernibles; los pocos sonidos del canto de los grillos, las ranas y otros animalillos del campo y el murmullo de las hojas de roble levemente sacudidas por la brisa servían de

marco al silencio; de vez en cuando uno u otro levantaba la vista al cielo y el silencio se reconcentraba aún más en su interior. ¡Qué bien se está aquí! ¡Podríamos quedarnos toda la noche!, pensó más de uno.

Pero no era plan de continuar allí y Francisco les anima a buscar el rincón del bosque preferido por cada uno. Levantan del suelo sus quince años, su jersey, el Nuevo Testamento los que lo tuvieran a mano, una libreta para apuntar, la hoja con los textos para reflexionar, un lápiz y una linterna porque ya es noche cerrada. Deberán permanecer más o menos una hora en silencio y aislamiento, intentando responder las preguntas referentes a la Promesa, respondiéndelas en primer lugar a si mismos.

¿Qué compromiso me pides, Señor Jesús? ¿Qué dice el lema de los scouts?: “Estar preparado para servir a tu prójimo”. Ya, pero qué puedo hacer para servirles mejor y para ser completamente feliz, porque me gustaría conseguir las dos cosas...Largo rato de silencio interior, en el que no brota nada, ningún pensamiento, ninguna imagen...Y, de repente, un calor intenso y agradable se enciende en lo más hondo del pecho o encima del estómago, no se sabe muy bien; comienza a fluir a borbotones hacia la garganta pero no produce lágrimas sino una intensa alegría, una seguridad nunca experimentada. Poco a poco se disipa y se calma y la idea empieza a aflorar, a tomar forma, a imponerse con fuerza: ¡Señor Jesús, enséñame a ser generoso, a servirte como te mereces, a Ti y al prójimo, a darme sin medida, enteramente! Jesús, ya sabes que no me gusta combatir porque tengo miedo de que me hieran, pero está clara tu voluntad, al menos así la siento ahora y, aunque me hieran, estoy dispuesto a hacer la Promesa y a mantenerla siempre. Señor, Jesús; si te parece bien, pediré el ingreso en el Seminario para así poder servir mejor a mis compañeros y al prójimo.

Antes no estaba seguro, pero ahora siento que podré ser feliz, ayúdame a serlo.

Respiro hondo varias veces y dejo reposar mi espalda contra la áspera corteza del roble, sentado sobre la piedra de granito moteada de líquenes; todavía conserva el calor del sol que hace ya tiempo que duerme. Las estrellas brillan en lo alto, más luminosas si cabe y la brisa fresca y suave me refresca la cabeza y el corazón y me serena el estómago. De repente se rompe el encanto: el silbato de Francisco nos devuelve junto a las brasas sin llama del fuego de campamento. Breve oración, breve rato de contemplación de las estrellas, los que quieran, y al saco, que mañana es un día fuerte, la cumbre del campamento y de nuestra vida scout: el día de nuestra Promesa.

El relato que acabáis de oír es autobiográfico. Cierto es que hice la promesa ese día 25 de julio. El 25 de julio de 1964. Pronto hará cuarenta y cinco años, pero los recuerdos, las sensaciones siguen vivas en mí. No ingresé inmediatamente en el Seminario, todavía tardé un verano entero y un año, pero aquel fue para mi un momento decisivo, una fuente de la que todavía bebo de vez en cuando.

Pero aquel día no fue fruto de la casualidad, sino el culmen de una serie de experiencias vividas en el Grupo Scout, en la parroquia, en el Colegio y, desde luego, en mi familia. El Escultismo no fue lo único que influyó en mí, pero el momento de mi Promesa fue, luego lo supe andando el tiempo, decisivo en mi vida; fue también una puerta abierta al país de la aventura, porque como podéis imaginar, mi vida ha tenido después muchas etapas, muchas influencias, muchos encuentros, muchas experiencias que no es momento de contar, pero sí de profundizar en las vivencias que tuve

en el Escultismo: recordemos alguna de ellas, con ánimo de sacarles toda la punta posible:

La conquista de la bandera: supongo que conocéis este gran juego de Grupo, que tiene muchas variantes: se trata de dividir la Tropa o la Unidad en dos grupos, cada uno de los cuales se organiza para defender la bandera que corona su castillo y, al mismo tiempo, arrebatar la bandera del castillo contrario. Es un juego de equipo, de astucia individual y colectiva; hay que practicar el stalking para ocultarse y emplear la velocidad para escapar del contrario, pues en el momento que te toquen en cualquier parte del cuerpo, tienes que emprender una lucha de foulard y nunca hay seguridad de ganarla, sobre todo si andas mal de reflejos o de agilidad.

Era mi primera salida con el Grupo, yo era de los más pequeños en edad y me mostraba tímido porque no conocía todavía a todos los compañeros; nunca fui especialmente veloz, aunque tampoco un patoso y, desde luego, era flaco y debilucho, comparado con la mayoría de mis compañeros. Empieza el juego, que yo no entendía del todo bien –repito que era mi primera salida- y lo primero que hice fue esconderme, para que no me pillaran y también para no estorbar a los de mi equipo. Me escondí relativamente cerca de la bandera enemiga y allí permanecí, sin moverme, identificado con la retama que me ocultaba, hasta que empecé a darme cuenta de que nadie reparaba en mi, ni siquiera los de mi equipo; esperé el momento oportuno y, cuando la lucha de foulards se había desviado hacia otro lado, salí corriendo, hice un pequeño regate al único enemigo que, un poco tarde, se dio cuenta del peligro que yo representaba, agarré el banderín que estaba en el centro del castillo y salí corriendo con él por el lado contrario, a tiempo de escapar de otros tres o cuatro enemigos más que venían como fieras a por mi. Ganamos el juego. Aquella jugada me

concedió, de repente, un status en el grupo del que no gozaba antes; los monitores me felicitaban, algunos de mi equipo me levantaron por alto y muchos, amigos o enemigos coyunturales, me miraban con cara de sorpresa como diciendo: ¡Mira este, qué callado se lo tenía! Aquel juego me elevó la autoestima, como se dice ahora, que entonces no se decía, ayudó a formar mi carácter, me hizo apreciar la necesidad del desarrollo físico, del que yo andaba entonces un poco escaso, por falta de edad y por un exceso de complejo de inferioridad. Ganar aquel juego supuso abrir una puerta grande para mi progreso personal. Se me quitó el miedo a salir al campo y a salir en grupo con los scouts y, a partir de aquel juego, estaba deseando que llegase el jueves o el domingo por la tarde para hacer pequeñas salidas al río o a los montes de Cabrerizos, para estar en la Naturaleza con mis amigos, porque disfrutaba más con ellos que yo solo. Aquel juego de la bandera no tenía mucho que ver con Dios, ni con la dimensión espiritual o religiosa. Al menos explícitamente. Se trataba de jugar y de pasárselo bien, pero ¿hubiera yo podido hacer la Promesa y hacerla con todo el contenido que para mí tuvo si no hubiera hecho esa primera salida al campo o no hubiese ganado aquel “juego de banderas”? Tal vez sí, porque seguro que hubiera tenido otras ocasiones, pero lo importante no es eso, sino que ambos momentos están en mi proceso vital, están indisolublemente unidos y no se explican el uno sin el otro, porque la educación scout es una educación integral o, simplemente, no es educación; podrá ser entretenimiento o actividades de tiempo libre, pero no será educación integral. El Escultismo no abarca todo el tiempo de la persona, pero sí abarca a toda la persona en todas sus dimensiones.

Una de las proposiciones que están en el fondo de esta ponencia y, en general, en todo este Encuentro, es que la Educación y la Animación de la Fe en el Escultismo no es un acto aislado e independiente de la actividad

scout ni de los objetivos educativos que el Escultismo pretende. Si queremos distinguir algo, podríamos decir que el Escultismo pretende varios objetivos en cinco órdenes o áreas: salud y vigor; desarrollo del carácter; progreso personal constatable hacia dentro y hacia fuera; progreso espiritual; sentido de Dios. No cabe duda de que una marcha de montaña incide en primer lugar sobre el área de la salud y el vigor físico, pero además refuerza el carácter, saca a relucir aspectos desconocidos de la personalidad, esponja el espíritu y ayuda a sentir más cercano al Creador. Todas las actividades tienen una pretensión educativa; unas influyen más en un aspecto y otras en otro, pero todas están mutuamente implicadas y relacionadas y el progreso en uno de esos aspectos lleva a abrir caminos para los otros. Y todo ello porque el escultismo bien hecho practica la educación integral; de no ser así, se reduce a un entretenimiento o a actividades de tiempo libre, que no están mal, pero no son Escultismo.

Pero volvamos a nuestro adolescente: ¿cómo llegó a hacer la Promesa y a darle una cierta profundidad humana, espiritual y religiosa?: Volvamos a su diario:

Para llegar a nuestras bases había que ascender una estrecha, alta y oscura escalera que aislaba las bases de la realidad del mundo exterior y nos introducía, peldaño a peldaño, en un mundo nuestro, hecho por nosotros mismos, en el que nos hallábamos a gusto, a nuestras anchas. Al final de la escalera había una puerta que daba acceso a un distribuidor; de frente, la antigua cocina, que servía de almacén y de trastero y una pequeña habitación para las reuniones de los responsables y de los Jefes de Patrulla donde guardábamos como oro en paño los pocos libros y revistas de nuestra biblioteca. La joya de la corona era una habitación muy espaciosa que daba a una gran balconada cerrada por un mirador acristalado.

Entrando a la izquierda, separadas por ramas de chopo que habíamos ido trayendo poco a poco desde las riberas del río Tormes, estaban los rincones de patrulla: el primero, el de los “Castores”; junto a él, el de los “Águilas”; las ramas había que renovarlas cada temporada porque el chopo no es muy buena madera, aunque sí abundante. En el rincón de los “Águilas” teníamos la Ley Scout grabada a fuego, quiero decir, mediante pirograbado, en una plancha de madera que habíamos encontrado en alguna parte. Recuerdo que en las reuniones de Patrulla siempre había una pequeña oración, muchas veces la oración scout, también un trocito del Evangelio y cada semana comentábamos un punto de la Ley. Y ahí empezaban, a veces, las discusiones: pues tú el otro día no lo cumpliste; es que ese punto me cuesta mucho; vale, pues te ayudamos. Y así, poco a poco, iba entrando la Ley en nuestra conciencia, siempre referida a nuestra vida. En una de las esquinas, apoyada en las dos paredes, con tablas y cuerda habíamos hecho una pequeña estantería donde guardábamos nuestros tesoros, el libro de patrulla y los cuadernos de cada uno de nosotros; también el del tesorero y el del encargado del material; los asientos eran tocones de árboles cortados en la serrería de Álvaro y Mundi; su padre, Don Ricardo, nos ayudaba mucho y nos contaba historias misteriosas de su Galicia natal y de los viajes de sus antepasados a lo largo y ancho del mundo. La vida de patrulla no se reducía a la reunión de los sábados, porque muchas tardes nos íbamos a jugar al almacén de madera de Don Ricardo donde construíamos mil escondites, fortalezas y pasadizos y donde Mundi, una tarde, me clavó en el muslo derecho una flecha hecha con varilla de paraguas, disparada por un arco del mismo material. El jueves por la tarde no teníamos clase y casi siempre hacíamos una pequeña excursión para hacer juegos en la naturaleza, normalmente en la Chopera de “El Arenal del Ángel” o en la falda del cerro de “Dos Almendros”, que se prestaban muy bien a hacer juegos de Stalking y de pistas, por lo intrincado del terreno; algunas veces nos

acercábamos al huerto de Fray Luis de León y allí su poesía, o la de Machado, nos sonaba de otra manera que en clase: “del monte en la ladera, por mi mano plantado tengo un huerto...”. Y es que Álvaro, que era el intelectual del grupo, a veces llevaba libros de poesía en la mochila y nos leía algunas cosas; si la tarde era especialmente fría o lluviosa, nos quedábamos en el local, que tenía en el centro una magnífica mesa de ping pong y un rato de estudio en la amplia mesa, otro rato de ping-pong y así pasábamos muchas tardes de entre semana, sin la presencia de los responsables o jefes, que confiaban en nosotros, pues no en vano éramos scouts. El local era parte de la casa parroquial, tan vieja que duró poco, así que no era raro que nos pasáramos por el despacho de la parroquia a echar un parlao con Don Heliodoro o con Don Manuel, que nos recibían de mil amores y nos dejaban vivir. Claro que esa convivencia, afianzada día a día y semana a semana, nos llevó de una forma natural a meternos de hoz y coz en la primera gran empresa de la parroquia, que estaba empezando en un barrio obrero y ferroviario: la elaboración de un censo completo de la parroquia. Los scouts nos ofrecimos, porque nos parecía importante, quizá demasiado importante para nosotros, que nos dieran esa confianza para poder visitar las casas y las huertas e ir rellenando las fichas con todos los habitantes de cada familia; así conocimos el barrio entero e hicimos unas amistades que todavía hoy perduran.

Ahora que lo pienso, es posible que tengáis la impresión de que os estoy contando una mezcolanza de cosas, pero es que se mezclan en mi memoria, porque se mezclaban en la realidad. Tan pronto estudiábamos, como jugábamos al ping-pong, o poníamos en orden las fichas de las visitas que habíamos hecho ese mediodía aprovechando que todos estaban en casa a la hora de comer; otras veces nos íbamos una tarde con el párroco, que era un gran conocedor, a buscar restos arqueológicos romanos –casi

siempre pequeños trozos de cerámica- o paleontológicos en los cerros de Cabrerizos; andando el tiempo, alguien nos invitó a participar en los experimentos litúrgicos de la misa en castellano que realizaba el Instituto Superior de Pastoral y allí empezamos a escuchar aquellos misterios de las lecturas del Antiguo testamento: la Alianza, la Pascua, la permanente acampada del Pueblo de Dios en el desierto; los viajes de San Pablo y sus múltiples cartas a las comunidades cristianas. No íbamos todas las semanas, ni acudíamos todos a esas reuniones de preparación de la Liturgia del domingo siguiente, pero las puertas estaban siempre abiertas para nosotros, que éramos unos críos de 15-16 años. Otras veces acompañábamos al párroco a las reuniones que tenía con los vecinos de “Puente Ladrillo”, un barrio situado al extremo de la parroquia, junto a las vías de la estación de ferrocarril. Eran un poco misteriosas aquellas reuniones y en ellas se hablaba de reivindicaciones, de recoger firmas para traer la luz a sus calles o reformar el alcantarillado, o ponerse de acuerdo para levantar el tejado de una casa en una sola noche; una familia acababa de venir de su pueblo para ganarse la vida a la capital y llevaban varios días alojados malamente en el único local que la parroquia tenía en el barrio; la casa, como todas, era ilegal, pero la ley decía que, una vez levantado el tejado, ya no se podía desalojar de allí a la familia, porque era el único techo que tenía; la ley prohibía trabajar de día, pero no decía nada de la noche, así que los vecinos se ponían de acuerdo y, entre todos, dejaban el tejado hecho antes del amanecer, trabajando a destajo y consumiendo litros de café con leche. Una vez hecho eso, la familia iba rematando la casa poco a poco e invitaba a todos a una merienda cuando estaba mínimamente habitable. A nosotros no nos dejaban ir de noche a trabajar, pero nos enterábamos de todo, como no podía ser menos. ¿Cuál era el límite de la opción país con la opción fe? Compromiso social –todavía no decíamos compromiso político, porque estábamos en plena dictadura, 1963-65-,

compromiso cristiano, pedagogía scout, juego, naturaleza, deporte, vida de oración, liturgia, comunidad parroquial y barrio, familia y vecinos, grupo scout y barrio todo estaba mezclado y mutuamente implicado. Y mientras tanto, en un barrio trabajador, todos nuestros padres y madres nos decían lo mismo: estudia, que ese es tu trabajo ahora; nosotros nos sacrificamos por vosotros, pero debéis sacar buenas notas para no perder la beca, que ya veis como anda la economía familiar...Y es que entonces, a los catorce años, teníamos dos opciones: o trabajar trabajando o trabajar estudiando. Los vagos no formaban parte del paisaje, pero teníamos tiempo para hacerlo todo y hacerlo más o menos bien.

Recuerdo que los monitores, los jefes, tenían un contacto estrecho y directo con nuestras familias; algunos de ellos, que eran seminaristas estudiantes de varias regiones de España, venían frecuentemente a comer a casa los domingos y allí charlábamos de todo. Y allí fue, en una sobremesa, donde Paco me dijo cómo rezaba él: mira, yo cada noche, antes de dormir, me cojo el Evangelio y me leo un trocito cada día, solo un trocito, media página o así; por la noche, mi cabeza debe de pensar en ello sin que yo me dé cuenta, pero al día siguiente, de vez en cuando, tengo presente el trozo de Evangelio que leí la noche anterior y casi siempre le encuentro alguna relación con las cosas que me van pasando a lo largo del día. Ya llevo cuatro o cinco vueltas a los Evangelios.

Este episodio nos da una idea del seguimiento personal que hacían nuestros responsables, de una manera natural, sin forzar, de pleno acuerdo con nuestros padres. Este estilo de seguimiento, no solo lo practicaban los seminaristas, sino todos los jefes, en la medida de sus posibilidades y de su carácter.

Las chirucas nuevas: para mi desgracia, confieso que no he vivido la etapa de Lobatos. Cada uno tiene su historia personal y yo conocí el Escultismo cuando tenía doce o trece años. A muchos años vista, debo decir que me encantan las celebraciones litúrgicas con los Lobatos. Muchos de ellos son grandes teólogos y tienen un sentido natural para lo sagrado. Pero algo puedo decir de ese punto de la Ley que reza: “el scout ve en la Naturaleza la obra de Dios...”. Recuerdo un campamento de verano, quizá en 1962, dos años antes de hacer la Promesa que os relataba al principio. Estaba previsto subir un día a la Peña de Francia: tres horas de marcha desde el campamento y un desnivel de ochocientos metros, perfectamente al alcance de un chaval de doce años delgadito y amante de la naturaleza. El día antes de subir, en un partido de fútbol, mis chirucas dijeron adiós a este mundo cruel, la bota derecha se rompió completamente. ¿Cómo subir sin botas? No te preocupes, me dijo Marcial, que yo tengo dos pares y te presto unos; son un número más grande, pero puedes ponerte tres pares de calcetines y ya está. Ya están las ampollas en los pies antes de una hora de marcha; ampollas sangrantes al llegar a la cumbre; pies destrozados a la vuelta al campamento. Aquel pequeño incidente me hizo experimentar en carne y en ampolla propia el sentimiento de creatura, mis muchos límites frente a la grandiosidad y la potencia de la montaña; el agradecimiento a los compañeros que me animaban, tiraban de mí de vez en cuando, cargaban con mi mochila a ratos, me picaban en el amor propio para que no me parase; eran, en una palabra, mis hermanos, no les era en modo alguno indiferente; y el monitor que, de vez en cuando, me iba preparando para la experiencia que iba a vivir, sin yo saberlo; es más, el dolor de las ampollas me hacía renegar por dentro de sus palabras de aliento. Pero sus palabras estaban ahí, en mi dolorida conciencia, como una propuesta de superación y de apertura espiritual: “esfuérzate por llegar arriba y verás cómo disfrutas”. Llego arriba el último y descargo mis huesos en la primera

pedra; me quito las botas y poco a poco el dolor va desapareciendo, pero yo sigo con la vista fija en mis pobres pies. Tomo un trago de agua de la cantimplora y me zampo una pastilla de chocolate con pan. Cuando el monitor comprende que ya he descansado un poco me dice: ven conmigo al balcón de Santiago, que está ahí cerquita, vamos con los demás. Le acompaño renqueante y lo primero que veo son las nuca de todos mis compañeros; nadie se da cuenta de que hemos llegado porque todos están absortos por alguna razón que no alcanzo todavía a comprender; el monitor no dice nada, solo me hace un gesto con la mano; sigo la dirección de su mano y, en contra de la costumbre, no me quedo mirando su dedo, sino lo que señala: la puesta de sol más impresionante que he visto en mi vida; o tal vez, es que el contraste entre mi dolor de pies y la maravilla del sol poniéndose tras las montañas de Las Hurdes fue demasiado fuerte. Silencio interior que acompaña al exterior, no roto ni siquiera por una suave brisa. Mi pequeñez humana y dolorida frente a la grandeza de la Creación; un agradecimiento hondo me crece desde el estómago porque Alguien (con mayúscula) ha reservado ese espectáculo para mi y para mis amigos. El sentimiento de impotencia frente a la todopoderosa montaña ha ido transformándose en la alegría serena que produce el sentir que el que ha hecho todo eso lo ha hecho para mí; se ha transformado en el respeto que se siente hacia el amigo exigente, muy exigente, pero que de verdad te quiere y está dispuesto a compartir contigo lo mejor que tiene. El sufrimiento se ha transformado ahora en confianza: en medio de la dificultad mayor hay Alguien que se ocupa de mí, que me tiene en cuenta, puedo confiar en Él. Siento también un poco de vergüenza por haber dudado, por no haber confiado y me prometo a mi mismo, en ese silencio que todavía se corta, que siempre confiaré. Pero el silencio se rompe, o por mejor decir, los silencios interiores confluyen y se transforman en palabra: “Loado seas por toda criatura, mi Señor; loado seas por el Hermano sol que es fuerte,

hermoso, alegre y brilla en el cielo con todo su esplendor y lleva por el cielo noticia de su Autor...” Es la voz del monitor que ha sacado su cuaderno de la mochila y está leyendo pausadamente el “Cántico de las Criaturas” de San Francisco.

Los niños de “Los Molinos”: El Grupo del que actualmente intento ser Consiliario es un Grupo pobre y con pocos niños. No es un ejemplo a imitar en muchas cosas. Es un grupo pobre, ya os digo. Precisamente por eso me sirve para reflexionar y hacer un poco de análisis fenomenológico de cómo el Escultismo Católico puede suscitar la experiencia de Dios entre los niños y adolescentes, de cómo puede vivir en su seno y proponer a los chicos el Evangelio. Y es que, si el método scout funciona en un Grupo pobre y pequeño, mucho más podrá hacerlo en un Grupo grande, fuerte, vivo y bien organizado. Vayamos pues a mi actual Grupo:

Acampada de Semana Santa de 2008: Hace todavía mucho frío ¡cómo no! en Salamanca y no podemos acampar, así que vamos al albergue de los Reparadores en Alba de Tormes. Entre Lobatos, Rangers y dos Pioneros son diecinueve chavales. Cuatro de ellos residen en el Colegio “Los Molinos”, dependiente del Tribunal Tutelar de Menores, niños pues abandonados, o procedentes de familias desestructuradas; se les notan las carencias afectivas en algunas reacciones ariscas y en otras demasiado melosas, una cercanía casi pegajosa a quien les hace un poco de caso; pero intentamos tratarles igual que a los demás, sin preferencias aparentes. Han venido tan pocos chavales que no puede mantenerse una dinámica típica scout, pero reina un ambiente de fraternidad y alegría. En esos cuatro niños se cumple lo de los programas progresivos y atrayentes; sus educadores nos dicen que, desde que están en los scouts, están progresando en la escuela, son más responsables y están más alegres. Y no me extraña: a lo largo de la

Velada van desgranándose las canciones de cada Rama; allá en la noche de los tiempos, hace unos cuarenta años, alguien del Grupo compuso una canción para cada Rama; no ganarían ningún festival si se presentaran, pero suenan auténticas porque expresan los sentimientos de los niños y los insertan en la tradición del Grupo; yo todavía no me las he aprendido, pero los pequeños se las saben casi sin mirar el papel. Como son tan pocos, a Manolo, un prometedor estudiante de Bellas Artes, que es el jefe de Grupo, hoy le toca cocina y hay que ver el cariño y la eficacia con que dirige a los dos chavales que le ayudan; es la actitud de servicio hondamente aprendida por largamente vivida, a pesar de su juventud; sin darse cuenta, los dos pequeños ayudantes se contagian y se esfuerzan en que la comida se haga a tiempo y quede apetitosa y van sirviendo los platos con una expresión de sano orgullo en su cara: son útiles, sirven para algo, o mejor sirven a alguien.

Fuera está lloviendo mucho y hay que poner en marcha el “plan B”, así que ahora toca taller de manualidades en lugar de juego al aire libre. María va al almacén y trae una enorme caja llena de papeles de revista y materiales reciclados varios con los que van a pasárselo pipa toda la tarde sin gastar ni un euro.

Y así, van viviendo, casi sin darse cuenta, algunos valores evangélicos: austeridad, alegría, servicio a los demás, fraternidad, preferencia por el más pequeño. Y todo ello trufado por un vivo sentido práctico: todo eso se puede vivir y se vive en el grupo con pocos medios, con medios muy pobres, pero muy imaginativos –se nota que Manolo es un artista-. En un momento de la actividad viene Francis, un lobato, y me dice que en qué estoy pensando, que me ve muy parado. En nada, le digo, sólo estoy viendo lo bien que os lo pasáis; pero no es cierto, estoy pensando en

la Encarnación de Dios en Jesús y en cuánta imaginación le echó para anunciar el Reino con sus parábolas y en cómo Dios se vale casi siempre de medios pobres para hacer grandes cosas entre nosotros. Como pude, al día siguiente decoramos el altar con las cosas que habían hecho en el taller e intenté hablarles del Evangelio y de Jesús. Espero que algo hayan comprendido. Y es que la vida scout está trufada de pequeñas experiencias de vida evangélica, pero es importante que el monitor sepa verbalizarlas para que el niño vaya haciendo lo que le escuché a un consiliario catalán, de apellido Armengol, hace muchos años: la fijación significativa. Se trata de relacionar las vivencias que está experimentando el chaval, con el Evangelio. Basta con una alusión a tiempo, breve a ser posible, que hay que dejarle campo al Espíritu Santo, pero es necesaria la verbalización, porque esa es una de las grandes tareas del monitor: hacer de profeta, hablar en nombre de Dios al chaval en este momento, hacer una “lectura creyente de la realidad” a la altura del chaval y del Grupo. Y es que el monitor es un profeta y es importante que caiga en la cuenta de ello, porque de cara al chaval le ayuda a poner nombre a las experiencias, le corrige, le estimula, le anima, le sostiene en la dificultad, le hace propuestas de aventuras futuras y siempre le acompaña; no le habla “desde arriba”, sino desde la experiencia común compartida. El monitor ejerce su compromiso bautismal porque actúa también como sacerdote, llevando poco a poco al chaval al encuentro con Dios, o sea al encuentro con su vida interior, le guía en su progreso personal que no tiene límite, porque el límite es la imagen de Dios que el niño lleva dentro; el límite es la medida de Cristo, el Hombre Nuevo. El monitor scout, cuando ejerce su compromiso bautismal actúa también como rey, porque el rey es el que tiene el poder de transformar el mundo y esa es la misión del escultismo, dejar este mundo un poco mejor de cómo lo hemos encontrado, esforzándonos en transformarlo a la medida del Reino de Dios. Pero siempre con un sentido práctico, encarnado, material, que no

otra cosa es lo que hizo Cristo, sino llevar a materia, a carne, el plan de Dios. Y nosotros, monitores, discípulos de Cristo, en esa humilde tarea andamos.

“Y les lavamos los pies...”: hace unos años el Consiliario general de MSC, a la sazón Javier Ayastuy, un escolapio admirador de San Francisco de Asís, propuso una gran actividad para los rovers a la que llamó “Tau”, por la letra griega que es símbolo de los franciscanos porque reproduce la forma real de la cruz de Cristo. La actividad consistía en un recorrido espiritual y cultural por los lugares más significativos de San Francisco de Asís en su patria, en Italia. Juntamos 74 rovers, cuatro monitores responsables y dos curas, Javier y yo mismo. Llevamos un autobús de dos pisos y 80 plazas y un coche de apoyo, el mío. Normalmente íbamos con el autobús de un lugar a otro, perdiéndonos a veces en las serpenteantes carreteritas rurales de Italia; pero un par de etapas las hicimos a pie, para meternos más en el espíritu del Siglo XIII en el que brilló Francisco y en su propio estilo de vida, centrado en la pobreza, en la austeridad y en la comunión con la naturaleza, o mejor dicho, con la Creación, con las criaturas, el paisaje, los animales del campo y los humanos, especialmente los más pobres, los que están en las cunetas de la vida. Pues, señor, como se dice en los cuentos, en la segunda de esas etapas a pie, Javier Ayastuy preparó una jugada por sorpresa: iban a ser 24 Km. andando y se trataba de que, cuando llegaran al destino estuviéramos los sacerdotes y los monitores esperándoles con cubos de agua templada y palanganas para lavarles los pies. Era un gesto simbólico, casi sacramental: como Jesús, como Francisco, los sacerdotes y los jefes no estamos para ser servidos, sino para servir. La experiencia salió muy bien, entre otras razones porque la Naturaleza vino en nuestra ayuda y, en la parte central de la etapa les cayó encima a los caminantes una tormenta tan fuerte que les dejó ensopados de

arriba abajo y transformó gran parte del camino en un auténtico barrizal. Podéis imaginar cómo traían los pies; no sólo se los lavamos, sino que les curamos las ampollas, que al caminar con los pies húmedos se les habían producido a muchos de ellos. Ese pequeño gesto de servicio les llegó muy hondo a algunos. En general, hay que decir que casi todos los rovers que participaron en aquella actividad siguieron luego muy comprometidos no sólo con el MSC, sino con sus Iglesias particulares y con diversas ONGs al servicio de los pobres.

Otras muchas iniciativas se han llevado a cabo desde el MSC y desde distintas Asociaciones diocesanas e Interdiocesanas: camino de Santiago, participación en las Jornadas Mundiales de la Juventud, convivencias en Taizé, Campamento bíblico de la CICE en Jordania e Israel. En estas y en otras experiencias que más adelante podremos compartir y que debemos contarnos unos a otros, hay al menos dos realidades espirituales que debemos destacar: 1) La Peregrinación forma parte tanto del espíritu scout como de la espiritualidad cristiana desde siempre. 2) Es muy importante tener en cuenta a los santos, como si fueran señales de pista que nos conducen a desarrollar lo mejor de nosotros mismos y que, sobre todo, nos conducen al encuentro personal con Cristo. No sé si existe una espiritualidad scout, probablemente no, sino solamente un estilo scout de vivir la fe. De ese estilo scout forma parte el peregrinar, como Abrahán, buscando las señales de Dios a lo largo y ancho de la vida, habitando en tiendas porque no tenemos una patria fija, o por mejor decir, porque toda la Creación y la Historia entera de los hombres, nuestros hermanos, es nuestra patria; es el ir buscando continuamente a Dios, que se nos ofrece aquí o allá, donde Él quiere y donde Él quiere sorprendernos; Dios está siempre en el futuro, pero no le permitiremos encontrarse con nosotros a menos que nos pongamos en camino. O como Moisés, que ya no hace un camino

individual, sino de todo el Pueblo de Dios, que se va constituyendo como Pueblo de etapa en etapa a través del desierto; porque el desierto no es un lugar inhabitable y seco, sino el lugar de la libertad para ir eligiendo camino guiados por la presencia siempre elusiva de Dios en la Nube. Y así podríamos proseguir con todos y cada uno de los personajes de la Biblia y también con los textos anónimos, como muchos salmos y oraciones, que son anónimos precisamente para animarnos a vivir de nuevo las experiencias, personalizándolas y firmándolas con nuestro propio estilo. La vida scout está llena de símbolos, o por mejor decir, está llena de realidades simbólicas que nos introducen en ese peregrinar explorando los caminos de Dios en nuestra vida y en nuestro mundo: la mochila, las botas, la tienda de campaña, que nos cobija de los elementos y que puede señalar, en una tienda vacía y convenientemente decorada, la presencia misteriosa de Dios en el campamento; el bordón para el camino, la vara de los rutas, que señala siempre la decisión de la libertad en su extremo bifurcado. La Promesa y la Ley son también realidades simbólicas y pueden actuar como pedagogos adaptados a la edad de los muchachos para conducirles a descubrir la voluntad de Dios y a comprometerse vitalmente con ella.

“Pistas para el camino:” una de las cosas en las que más ilusión y cuidado ponía cuando empecé en esto del escultismo fue mi libreta personal. Recuerdo especialmente algunas páginas: aquella en que estaban anotadas las señales de pista, para interpretar bien los juegos y no perdernos; también la del alfabeto morse y la de las señales con banderas. Lo importante es el juego, o sea la vida, pero las señales hay que seguirlas bien, si queremos disfrutar de verdad. Algo de eso pasa en el Escultismo Católico con los santos y los santos patronos de cada Rama, o del Grupo. Los santos podrían ser como las señales de pista que conducen al “fin de pista” que es Jesucristo; o también los controladores del juego, que están

ahí para que no hagamos trampa y para orientarnos si nos hemos perdido y corremos el riesgo de no completar el recorrido. Los santos tienen una gran importancia, sobre todo en esta época tan provisional que vivimos. Hoy muchos valores son efímeros y es difícil sostener por mucho tiempo unos principios. Los santos, además de la emulación espiritual y religiosa que pueden suscitar en los chavales y en nosotros, nos aportan un sentido de la historia, de que no somos los únicos ni los primeros, que somos herederos del pasado y que el ejercicio de nuestra libertad tiene consecuencias para el futuro. Los santos aseguran, además, una más plena personalización de la fe, pues todos intentaron imitar a Cristo, pero ninguno lo hizo igual que otro. Y así, las propuestas que el escultismo Católico hace de los santos patronos de cada Rama, al final de la etapa scout han proporcionado al chaval varios modelos que le animan a buscar el suyo propio. Ahí tenemos a San Jorge, San Francisco de Asís, San Pablo y otros santos modernos, también hay santos scouts, como Marcel Calo, muerto prematuramente a los 24 años por el agotamiento de servir permanentemente y dar esperanza a sus compañeros del campo de concentración; o los mártires del campo de Goma, en el Congo; o Guy de Larigaudie, que disfrutó a tope del estilo scout de vivir la fe y que murió, como nuevo San Jorge, caballero en su caballo contra los carros de combate nazis en la batalla de Francia.

Ahora bien, santos somos todos, eso es una consecuencia de nuestro Bautismo, que nos hace pertenecer a un Pueblo de Santos, Iglesia Santa y a la vez pecadora. Los niños tienen la manía de mirar hacia arriba, hacia los mayores. Y los mayores en el Escultismo son los monitores, los responsables, los adultos. A favor nuestro, digo de los educadores en el Escultismo, tenemos el que los chavales tienden en algún momento a admirarnos y a ver solo lo bueno que tenemos; pero esa es una enfermedad que se les pasa con el tiempo, aunque a veces perdura. Y perdura sobre

todo si ven que el monitor se esfuerza también en ser buen scout, buena persona, buen cristiano; en una palabra, y por no ocultar nada: si se esfuerza en ser santo, con la ayuda de Dios, por su honor y con la ayuda del consiliario, del animador de la fe y de sus compañeros del Kraal. Así que una última reflexión sobre los monitores scouts: Si repasamos las historias de Guy de Larigaudie o Marcel Calo en el pasado, o de los mártires de Goma más recientemente; si echamos la vista alrededor nuestro, por ejemplo a nuestros hermanos del CNE de Portugal aquí presentes, nos daremos cuenta de que padecemos un desfase en las edades de las Ramas y también de los responsables. Nuestra Constitución dice que basta con tener 18 años para ostentar cualquier cargo en la estructura política del país; por otra parte, los años de clandestinidad de nuestro MSC durante el franquismo y la transición democrática han hecho de nuestro Movimiento un Movimiento juvenil; el mayo del 68 y todas sus secuelas ha influido demasiado en nosotros y la consecuencia es que tenemos unos Kraales de Grupo demasiado jóvenes. Es normal entre nosotros considerar que ser responsable scout está bien para cuando uno es estudiante o, en todo caso, antes de encontrar el primer empleo serio; el límite por arriba está en el matrimonio: una vez casados ya “no pega” continuar siendo responsable scout. Yo opino humildemente, después de haber sufrido cantidad de cambios innecesarios en mi Asociación de origen porque los responsables se iban demasiado jóvenes, y después de haber viajado un poco por el mundo, que tenemos que cambiar el chip a este respecto e ir constituyendo Kraales de Grupo en los que haya gente joven, pero también gente adulta, con estabilidad laboral, profesional, afectiva y familiar. Y es que nuestro Movimiento no es un movimiento juvenil, sino un movimiento educativo. Pero mientras eso llega, y llegará si sacamos todas las consecuencias del Programa de Jóvenes que estamos elaborando, hemos de darnos cuenta de que muchos de nuestros Kraales están formados por chicos y chicas en la

edad de Ruta y que, por lo tanto, tienen que seguir madurando en todas las dimensiones, también en la dimensión espiritual y religiosa. Y ahí es donde entramos los adultos del Movimiento y muy especialmente los Consiliarios y los Animadores de la Fe, para sorprenderles y proponerles un “lavatorio de los pies” en lo más arduo del camino. No se trata de proponerles cosas raras, aunque no estaría mal que los chavales de un Grupo supieran, por ejemplo, que este año no hay Campamento de Semana Santa porque todo el Kraal se va a hacer una semana de espiritualidad en Taizé o, simplemente, a hacer un camino de Emaús en cualquier aldea de montaña, ayudados por un cura joven y “enrollao” que vive en aquellos pueblos o por unas monjas que viven en comunidad monástica en medio de un monte a 15 Km. de las bases del Grupo. Y luego, en el día a día, semana tras semana, es probable que nuestros Kraales necesiten una cura de adelgazamiento burocrático; quiero decir, que hay que planificar las reuniones de tal manera que quede tiempo para hacer una lectura creyente de la realidad y sacar punta al trabajo pedagógico que se está haciendo con los chavales: ¿qué me exige mi compromiso bautismal cuando me enfrento a mis lobatos o a mis pioneros? ¿Dónde y cómo “cargo yo las pilas” y comparto mi fe? ¿Cómo es mi pertenencia a la Iglesia? ¿Dónde y cómo la vivo? Tal vez por ahí podríamos hacer algunas propuestas para que las estudien y se “pringuen” en ellas los “políticos” de nuestras Asociaciones diocesanas, Interdiocesanas y el propio Consejo de MSC, amén del Comité Federal y la propia Asamblea. En los próximos años, empezando por éste, tenemos buenas oportunidades, para darle contenido al Programa de Jóvenes, al Encuentro de Jefes de Grupo y a la vida del Movimiento.

Antonio Matilla, Consiliario Gral MSC

Sevilla, 7/02/2009.